

Cosas baladíes

I

"Los APUNTES de ESTER MAZELIN envuelven un fuerte ataque á nuestra alta sociedad. Injusta é inconveniente es la labor de los que tratan de sembrar odios de clases que no existen. Las razones de OTROS son insultos. Los escritos de VÍCTOR MANUEL SALAZAR son obra del odio, labor de difamación calumniosa—roedores de reputaciones"—*La Prensa Libre*.

Una noche—ya ha vuelto el sol muchas veces desde entonces—mientras continuaba mi inacabable fatiga junto á las máquinas de *La Información*, observé que un rayo clarísimo de la luna caricaturaba en el suelo, por allí cerca, la labor que una araña prendiera entre los cuatro lados del ventanillo por donde entrara la luz.

El viento agitaba á ratos, como á un finísimo cristal medio sostenido en el aire, la telaraña enmarcada en la claraboya; y entonces, cual si un aliento extraño los animara, se esforzaban todavía en el inútil empeño de liberarse los animalillos que duraban vivos entre los hilos sutiles y pegajosos, junto á los cadáveres de otros animalillos desfallecidos en el cautiverio, ahogados de hambre talvez y de fatiga; y se agitaba también, cuidadosa quizás del movimiento, la grande y fea araña, la potentada cruel de aquel palacio de sutileza y de martirio. Y el rayo de la luna lo copiaba todo en el suelo, fingiendo cada vez nuevas caricaturas que hacían reír y pensar.

Era aquello como un símbolo de la vida dolorosa y miserable; como un símbolo de la agónica vida de los que fermentan la existencia, de los que se pudren enterrados bajo los esplendores sociales.

Arriba, en el espacio inmenso, el inmenso desdén de los cielos cayendo sobre la noche, sobre el silencio, sobre la quieta tristeza de las cosas, sobre la triste quietud de los seres; la luna, hastiada de la inconmensurable grandeza del espacio celeste; harta de los goces intensos de la noche; consumida por el insomnio, cansada de su vigoroso andar por los jardines siderales, llevando vanidosamente hacia el ocaso su belleza envejecida y mirando hacia la tierra con las frías miradas de su luz.

Abajo, en la tierra ensombrecida, los ruidos del silencio llenándolo todo como de un sollozo y como de un rugido enormes: como del sollozo de todos los que sufren; como del rugido de todos los que piensan en la cruel insistencia de lo injusto, de lo malo.

Y entre todo, como una interpretación á mi vista, la gran telaraña que

la luz reproducía, cual se extendiera sobre toda la tierra la sombra de la humanidad bajo el sol.

Era una extraña alegoría de la insipiente organización que perdura entre los hombres: esplendores de grandeza, indolencia, hartura, hastío sobre las acumulaciones omnímodas; ruindad después, y oprobio y estulticia; hambre y frío por último; dolor, miseria, lágrimas sin restañar, lágrimas que lo mojan todo, que lo llenan todo, que lo abogarán al fin todo.

Así pensé cuando un rayo clarísimo de la luna caricaturaba en el suelo, cerca de mí, la labor que una araña prendiera en una claraboya; así sentí mientras continuaba mi inacabable fatiga en una noche lejana, y mientras las máquinas del taller se gufan diciendo la invariable expresión de sus ruidos.

Y fué entonces cuando tuve el anhelo de poner en otras frentes mis pensamientos, de llevar mis sentimientos á otros corazones, de encender mis aspiraciones en otras almas.

Y desde el día siguiente se publicaron los APUNTES DE MAZELIN.

Mis ideas fueron entonces más fuertes, pero sinceras como siempre lo fueron; y las escribí como escribo siempre, sin mezquinas intenciones y sin preocupaciones cobardes.

De rato á rato el pensamiento de la inutilidad trascendental de aquel empeño doblaba mi frente ardorosa sobre la dureza de mis manos encallecidas; y presentía como mordiscos en el corazón, la ingratitude, la inconsecuencia, las injusticias que me lastimarían tras cada cuadrillo social trazado á breves líneas en las madrugadas.

Pero el recuerdo de las injustas separaciones, de los odios injustos, de las iniquidades vistas y sabidas, de las iniquidades sentidas y meditadas venía á decirme al oído sus alientos; y se enderezaba más alta mi frente, y se empinaba con esfuerzo mi pensamiento para ver de nuevo todo aquello que consignaron como negación de la Justicia y de la fraternidad, como negación del Bien, mis APUNTES de otros días.

Desde allá, desde la alta justicia de MAZELIN vi en debate los topos de *La Prensa Libre*; y desde allá vine á topar las feroces topetadas en que duran todavía.

VÍCTOR MANUEL SALAZAR

De una vez

Pláceme, una vez por todas, con sencillez y con sinceridad, é inspirado en el interés que la redención obrera siempre ha

despertado en mí, y en la íntima convicción que alimento de que no es buen amigo del obrero aquel que sólo le canta al oído sus glorias, sino el que al mismo tiempo le señala las causas de su condición actual, constituyéndose en el trovador que al pie de su alcázar tañe el arpa de la sinceridad, y entona á la sombra de sus ideales, las rimas moduladas por la voz de su conciencia, y templadas en la fragua de la verdad.

Y entro de lleno en la arena:

Es para mí una convicción, que la dependencia más lastimosa del obrero, de la alta clase, es la dependencia del dinero. ¿Qué debe terminar con ella? La agrupación obrera en torno de un estandarte: la economía. Bien lo ha dicho Smiles: "La economía es la base de la independencia futura del trabajador de los talleres." Realiza la clase obrera esa condición? No, desgraciadamente. Y no la realiza por dos circunstancias lastimosas también: una de ellas, que las que serían sus economías, lo que formaría la base de su independencia, se pierde en las tenebrosidades de toneles de las Sanaides; en la satisfacción del alcoholismo y otros vicios; y la otra, que aquí no privan las sociedades; surgen á menudo, para morir enseguida. Cualquier cosa divide á los obreros. No se unen á luchar por su redención, como se agrupan algunos ricos para explotarlos á ellos.

Yo fui miembro de una sociedad obrera que ya había alcanzado algunos triunfos de importancia; y fué suficiente el hecho de haberse desaparecido un objeto de poco valor, para que sus miembros comenzaran á desbandarse, y la sociedad muriera. ¿Cómo puede libertarse de ese modo la clase obrera?

Decía anteriormente que la llave de la redención obrera es la economía; y es consecuencia natural que manteniendo vicios, aquélla no puede existir.

No por hacer notar que los ricos se alcoholizan, lenta, pero seguramente, justificaré el que los obreros lo hagan de vez en cuando, pues aun cuando en ambos casos es imperdonable la falta, lo es menos en los primeros, pues no sufre por ello su condición pecuniaria, ni tampoco su ilustración los condena. Lo que sí no justifico es la parcialidad de las autoridades, al proceder con unos y con otros.

Conozco el caso de obreros que no tienen conciencia de lo que significa su independencia, y casi llevan sobre sus hombros con placer, las durezas de la vida que ellos mismos se crean, y soportan con indiferencia la presión de sus amos.

Y digo esto porque sé de algunos á quienes se les adelanta salario sobre su trabajo que ha de venir, quedando de este modo pendientes indispensablemente de ellos, mientras aquel dinero adelantado satisfacía las deudas contraídas en la orgía, ó se deslizaba con lúgubre sonido sobre el tapete de un garito, cuando no iba á colmar la vanidad de una mujer.

Sé de otros, y éstos son los más, que no se esfuerzan, aun cuando sean subalternos, en cumplir con rigurosidad sus obligaciones y sus deberes, para así hacerse acreedores á la estima de sus superiores, tener ascendiente moral sobre ellos y haciéndose